Sin previo aviso

Reyna Zavala

Image not found.

Capítulo 1

Realidad oculta

Una columna de luces de todas formas y colores invadía su alrededor. Era todo lo que veía. Ni siquiera podía ver sus manos; su cuerpo, parecía no sentirlo. Era como aquella sensación que siente una persona cuando sueña que está cayendo al vacío. Esta vez, parecía que ascendía a toda velocidad. ¿A dónde? Ana no lo sabía. Las luces empezaron a mezclarse y formaron un remolino cuyos colores se desvanecían poco a poco; desde el centro, hasta que todo quedó completamente blanco; entonces, despertó.

—Hey, Ana. ¡Despierta! —pronunció Brandon, Su hermano mayor. Se encontraba afuera del auto, recargándose en la ventana de la puerta trasera. Tocó la ventana un par de veces para asegurarse de que Ana había despertado.

—¿Ya llegamos? —preguntó Ana estirándose en el asiento trasero del vehiculo. Observó a su alrededor y abrió la puerta un poco para hablar con Brandon más cómodamente. Era evidente que aún faltaba tiempo para llegar. Se encontraban estacionados afuera de la carretera casi rodeados por los árboles del bosque—. ¿Le pasó algo al auto?

—Algún fallo mecánico, no te preocupes —contestó—. Sólo caminaremos un poco —añadió con una leve sonrisa.

Ana terminó de abrir a puerta y salió justo después de quitarse el cinturón de seguridad. Se sentía confundida. Aún sentía náuseas por aquel extraño sueño y su cuerpo se encontraba desbalanceado. No podía creer que había dormido casi todo el camino. Su destino no estaba tan lejos de su ciudad pero aún así, ella no acostumbraba dormir durante sus viajes. Le encantaba disfrutar la vista de la carretera y tomar fotografías.

—Sebastián y Ramiro se adelantaron —dijo Brandon mientras cerraba la puerta del auto—, tenemos que alcanzarlos —añadió y se aproximó a la orilla de la carretera para caminar por ella.

Ana lo siguió. Aún se sentía confundida, desorientada, débil. Al principio caminó despacio y con desequilibrio; luego caminó establemente. Caminaron por un buen rato. No hablaron mucho salvo por los detalles del auto que alguien iba a levantar y que su equipaje lo habían tomado Sebastián y Ramiro. Minutos despues pudieron ver la pequeña ciudad y se

adentraron en ella.

Bucket era la ciudad de infancia de los tres hermanos (Brandon, Sebastián y Ramiro). Ana era muy pequeña para recordarlo. Cuando sus padres se separaron, la familia se alejó de Bucket por un largo tiempo. El motivo de su regreso era sencillo; unas lindas vacaciones de primavera para Ana mientras sus hermanos arreglaban la vieja peluquería de la familia y así obtener nuevos ingresos.

La ciudad era tan natural y pacifica que Ana se sintió relajada casi al instante. El aire fresco se sentía tan bien y el día semi-nublado era perfecto para ella. Ningún rastro de edificios, contaminación o cualquier otra cosa típica de la ciudad en que vivía. Arboles, plantas y flores rodeaban la plaza del pueblo. Definitivamente la naturaleza dominaba y los negocios de la plaza se veían tentadores; tiendas de ropa, artesanías, libros, hasta una linda cafetería. Simplemente, Bucket la había enamorado por completo.

Unas campanadas sonaron distantes y el ambiente que enamoró a Ana se tornó sombrío. Brandon se detuvo —parecía confundido—, observó hacia el cielo —este se oscurecía ligeramente—, comprendió lo que estaba pasando y bajó su rostro hacia el suelo. Ana observó confundida. Luego se dio cuenta de que todas las personas que había en la plaza hacían lo mismo.

—¿Qué está pasando? —preguntó.

—Shh... —pronunció Brandon.

Ana no sabía si ignorar todo o seguir en la confusión en la que estaba. Pensó durante algunos segundos. Brandon no quería que pensara. Entonces seguiría haciendo preguntas y todas sus mentiras se derrumbarían. No quería que supiera, no quería verla sufrir. Pensaba minutos antes, cuando la observó dormir a través de la ventana, cuando empezó a despertar, cuando él se dio cuenta... Quería oprimir con todas sus fuerzas ese pensamiento, quería fingir que todo estaba bien. Tomó fuerzas y con la mejor expresión de felicidad que su rostro tuvo la habilidad de mostrar (o fingir), apuntó hacia un viejo local que estaba pocos metros frente a ellos.

Ana se emocionó y tras hacer un comentario casi inaudible para Brandon —quien se encontraba pensando en cómo reaccionarían sus hermanos al verlos llegar—, caminó rápidamente para entrar en el negocio, mientras que en el exterior el clima volvió a como era antes y los ciudadanos volvieron a sus actividades normalmente.

—Entonces, es aquí —dijo Ana pensativa mientras observaba el portal del negocio. La pintura blanca estaba desgastada, sucia. El portal de

cemento se veía polvoriento y hojas secas se habían apoderado de él. La puerta y la ventana de vidrio estaban sucias y semi-quebradas. Ana observó un segundo más como si estuviera pensando en qué colores debería usar para la remodelación. Al acercarse a la puerta escuchó voces. Eran Sebastián y Ramiro quienes se encontraban de pie —conversando— en uno de los rincones del local. Cuando entró, los saludó dándoles un abrazo. Ambos hicieron una expresión escéptica. Estaban demasiado sorprendidos de verla. Luego entró Brandon y cerró la puerta.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó Ramiro incrédulo. Su rostro reflejó tristeza y desilusión.

—¿Puedes creer lo que he pasado? —dijo Ana ignorando la extraña pregunta de Ramiro, tampoco notó la expresión de sus hermanos—. ¡He caminado demasiado! —expresó tranquilamente—, ¿cuándo iremos al departamento?

—Oye, espera un poco —dijo Sebastián fingiendo un tono alegre—. ¿No quieres ver la parte de atrás?, era la oficina de papá.

—Claro —dijo en un tono tranquilo—, ¿por qué no? —luego se dirigió hacia una puerta de madera desgastada que se encontraba en el otro rincón del local. Sebastián la siguió mientras Ramiro y Brandon discutieron en voz baja.

—Supongo que ya sabes...

—Sí —interrumpió Brandon—, lo sé.

—Y Ana..

—No —dijo mientras bajaba su rostro para desviar la mirada—, ella no lo sabe, no tuve el valor de decírselo.

—Debí suponerlo —dijo mientras sus ojos se enrojecían—. Entró tan alegre, tan feliz, como si nada hubiese pasado —añadió bajando su rostro.

—El forastero que mandaste me explicó todo —comentó mientras ambos volvían a mirarse.

Sin tener nada más que decir, se abrazaron y se palmearon la espalda en forma de consolación. Algo así hubiera confundio a Ana, ¿por qué un abrazo de consolación?. Sebastián lo sabía, por eso se conmovió al verlos. Estaba muy atento a su conversación a través de una abertura que dejó

intencionalmente en la puerta.

Ana estaba muy tranquila revisando la oficina de su padre, sentandose en la silla frente al escritorio, tratando de encender la vieja computadora. Ni siquiera se dio cuenta que a Sebastián le rodó una lagrima. De que había girado su rostro para secarla, para no crear más confusión en ella, para que no se diera cuenta que ese viaje iba a convertise en su peor pesadilla tan pronto fuera revelada la triste realidad.

Capítulo 2

Ciudad misteriosa

Los días pasaban rápido para Ana. Curiosamente, sus hermanos —quienes habían dicho que pasarían las mejores vacaciones saliendo y divirtíendose en el río de Bucket— no la dejaban salir. Siempre se preguntaba el porqué.

Desde que llegaron al único edificio que había en el pueblo, lo único que podía ver por la ventana del tercer y último piso, era el parque que estaba pocos metros despues de cruzar los rieles del tren de pasajeros y que se encontraba justo en frente del edificio. Si bajaba su vista podía ver el techo del portal del edificio y el techo que protegía los rieles. También si se lo proponía, podía observar a las personas cuando entraban y salían de el tren.

Le parecía bastante extraño que el edificio de apartamentos estuviera justo en frente de las vías del tren. Pensaba en los niños que a veces veía jugar muy cerca de los rieles y se preocupaba. Ramiro le explicó que el edificio era la antigua estación del tren, que el pueblo era tan famoso que muchos lo visitaban y no tenían en dónde quedarse. Algunos llegaban de noche y claro, era más difícil encontrar hospedaje. Entonces decidieron ampliar el edificio. No importaba qué explicación le dieran para todos los eventos extraños en Bucket, Ana seguía sintiendo inseguridad, temor, miedo de la ciudad que alguna vez la vio nacer.

Como todos los días, Ana contemplaba el parque desde la ventana con fijo de detalles. Un enorme campo completamente verde —claro, con excepción del río que se observaba casí al horizonte—; arbustos, árboles y algunas flores lo adornaban. Pero sobre todo, no podía dejar de observar a las mascotas y a las personas que se encontraban divirtiendose ahí. Tenía tantas ganas de platicar con alguién, que no le molestaría en lo más mínimo charlar con aquella extraña anciana que le sonrió misteriosamente cuando entró por primera vez al edificio.

Pensaba en muchas cosas, en realidad, parecía que Ana iba a perder el juicio. No acostumbraba a estar un segundo sin hablar con alguien. Ella era demasiado extrovertida, espontánea y amable.

Pensaba mientras escribía en su diario; escribía sobre sus hermanos —el porqué de su comportamiento—, escribía sobre las campanadas que escuchaba casí todos los días, sobre aquella anciana que le sonrió misteriosamente —anciana que había aparecido en sus sueños dos días después de aquel evento, aunque no recordaba casi nada y lo poco que recordó fueron escenas borrosas—, sobre todas las veces que el tren llegaba —día y noche, casi a todas horas— y los desvelos que este

provocaba. Por último escribió a medias que no podía pensar en algo bueno de Bucket, que era el lugar más sombrío que había conocido y que no veía la manera de disfrutar su estancia en el mismo.

—Ana—interrumpió Ramiro al abrir y asomarse por la puerta de la habitación—. ¿qué haces? —preguntó mientras entraba a la habitación.

—Tratando de no volverme loca —contestó mientras se acercó a la mesita de noche y guardó su diario en el primer cajón, luego se sentó al borde de la cama.

—Un diario, eh. No sabía que tenías uno —dijo mientras se sentaba a un lado de ella.

—Bueno, ya que me tienen como presa. Tengo que hacer algo para no volverme loca, ¿no? —contestó con toda la intención de discutir.

—Lo siento —dijo Ramiro, no encontraba excusas para no dejarla salir y sabía que estaba entrando en territorio peligroso—, hemos estado muy ocupados con lo de la remodelación, no hay tiempo para salir.

—Ustedes dijeron que yo ayudaría —reclamó Ana, su manera de discutir siempre fue tranquila, no parecían estar discutiendo.

—Lo sé —dijo tranquilamente—, pero Sebastián decidió contratar a alguién para que todo fuera más rápido. Nosotros sólo estuvimos supervisando y arreglando papeles, pensamos que sería muy aburrido para ti, pero no te preocupes más por eso —dijo rápidamente evitando que Ana siguiera discutiendo—, mañana saldremos.

—¡¿En serio?! —exclamó emocionada.

—Sí —contestó—, mañana es la reinauguración de la peluquería.

—¡Qué bien! —dijo emocionada—, ojalá podamos ir al parque después del evento y celebrar en familia.

—¿Quieres un día de campo? —preguntó mientras rascaba su cabeza (como de costumbre)—, creo que será mejor reservarlo para el cumpleaños de Brandon. Es en unos cuantos días.

—¡Es verdad! —exclamó—, lo había olvidado por completo —saltó de la cama y nuevamente se acercó a observar el parque (la noche estaba apunto de dominar), con alegría observó e imaginó cada detalle de la fiesta repentina que planeaba en su mente—, deberíamos ir de compras, tengo mucho en qué pensar para la fiesta.

—Claro que sí —dijo Ramiro sonriente y pensando que era gracioso que Ana se emocionara tanto cuando de planear fiestas se trataba—, haremos lo que tú digas —dijo mientras se levantaba de la cama y se dirigía a la puerta—. Nos iremos temprano, espero que estés lista —sonrió y por último salió de la habitación cerrando la puerta.

—Está bien —contestó Ana, aunque sabía que Ramiro ya se había retirado.

Estaba tan emocionada que su sonrisa no desapareció aun después de tirarse en la cama y de enrollarse en la fresca sabana blanca. Por un momento pensó que era una tonta al cuestionar el comportamiento de sus hermanos. Era verdad que estaban ocupados y que no podían salir a divertirse. Ademas, ella no conocía bien la ciudad y era evidente que no la dejaran salir porque podría perderse, ¿no?. Y no era que Ana no pudiera cuidarse sola, pero bueno, sintió que sus hermanos —al ser todos mayores que ella— se preocuparían si una "niña" de casi 16 años anduviera sola por las calles del pueblo.

Como sea, de alguna manera. Ana se sintió tranquila y se divirtió pensando en las tontas supersticiones que su subconsciente habia generado. No podía esperar a que el día dominara para descubrir de una vez por todas, cómo serían sus verdaderas vacaciones en Bucket, la que —a su parecer—, no volvería a ser llamada "la ciudad misteriosa".

Capítulo 3

Una y otra vez...

Ana despertó. Debido a su inmensa emoción, tuvo la noche más larga de toda su vida. No había podido dormir, y cuando lo cosiguió pareció un abrir y cerrar de ojos. Se levantó de la cama un poco cansada a causa de la incómoda noche, pero evadió cualquier impulso de negatividad tomando un baño caliente que fue tan relajante para liberarla del cansancio, la tensión y el desvelo de la noche anterior; y se llenó de la energía suficiente para la reinauguración y para andar de tienda en tienda por la plaza central de Bucket tal y como lo había planeado.

Escogió un hermoso vestido primaveral. Liso, blanco con flores rojizas por todas partes. Adornó su pequeña cintura con un cinturón —para nada apretado— delgado, color marrón y su hebilla llevaba una pequeña águila de plata extendiendo sus alas. Se aseguró que sus botas vaqueras combinaran perfectamente y se vio en el espejo. Simplemente lucía hermosa. Ni siquiera le hizo falta maquillarse. Su piel era tan suave, blanca y deslumbrante que su belleza natural era más que suficiente. Su cabello sólo necesitó un pequeño retoque y quedó completamente alisado. Terminó poniéndose un brazalete con piedras negras en su mano izquiera. Después se dirigió a la ventana y la abrió.

Se sentía tan emocionada. Incluso el día estaba a su favor; un poco soleado pero con una brisa refrescante que desvanecía el calor del sol. Tranquilamente y sin dejar de sonreír cerró la ventana, se dirigió hacia la mesita de noche, tomó su diario y escribió rápidamente lo que tenía en mente. Después escuchó a Ramiro apurándola para salir.

Luego de salir de su habitación, y posteriormente del edificio de apartamentos, Ana se encontró con Sebastian en el umbral discutiendo casi a susurros con la extraña anciana que había visto en su primer día en ese lugar.

—Lo siento, pero ya está decidido —dijo Sebastian con un tono firme e imponente—.

—¿Qué está decidido? —preguntó Ana casualmente mientras se acercaba por completo a ellos—.

Ramiro siguió a Ana y se acercó también. La anciana les sonrió a ambos e interrumpió las palabras que Sebastian precisaba decir.

—De nada, de nada —dijo tranquilamente mientras se dirigía a abrazar con un solo brazo a Ana. Lo hizo con mucha confianza—. Sólo le sugerí a tu hermano que podía rentarles unas habitaciones en mi casa. Como ya

soy vieja y me siento muy sola.

Ana no sabía qué decir; si bien, por una parte sintió incomodidad al ser abrazada por una extraña y que esta le hablara con tanta confianza; por otra, sintió un extraño sentimiento que le provocó seguridad.

—Lo siento señora —interrumpió Sebastian—, pero tenemos prisa.

El tono brusco de su voz y su actitud hizo que la anciana soltara a Ana repentinamente y se acomodara su rebozo oscuro mientras se cruzaba de brazos. Ana notó el sentimiento de la anciana y planeó disculparse con ella. Sebastian la tomó de la mano y empezó a encaminarla hasta la parte lateral del edificio. Ramiro se quedó unos segundos con la anciana y le pronunció unas palabras que fueron inaudibles para Ana, entonces supuso que se había disculpado por su hermano.

—¡Se dará cuenta tarde o temprano! —gritó la anciana haciendo que Ana dirigiera su vista hacia atrás—. Aquí estaré cuando me necesites —luego de eso sonrió y entró a la estación mientras Ramiro se encaminó tras Ana y Sebastian—.

¿A qué se refería la anciana?, ¿a quién eran dedicadas tan elaboradas palabras?. "Se dará cuenta tarde o temprano" retumbó en su interior.

—¿De qué habla la anciana? —preguntó a Sebastian mientras trató de zafarse de él—.

—De nada, está loca —contestó.

Ana buscó la mirada de Ramiro pero él sólo la evadió y caminó del lado de Sebastian. No entendía lo que había pasado y se arrepintió de no haberle reclamado a Sebastian por tan terrible actitud hacia una pobre anciana que le había transmitido seguridad. Se dirigió al auto y juró en su mente que en su próximo encuentro con ella (si acaso sucedía) se disculparía.

"Se dará cuenta tarde o temprano" volvió a su mente esa frase. Algo le decía que no era un simple comentario. Algo le decía que esas palabras tenían un doble significado. El tono de la anciana era misterioso, no era el típico tono de un arrendador que suele decir: "Si cambia de opinión estoy a su servicio". Había algo más, podía sentirlo.

Ciertamente y aunque ella no lo sabía, su instinto no fallaba. "Se dará cuenta tarde o temprano" frase dirigida a Sebastian, refiriéndose a Ana. "Aquí estaré cuando me necesites" era para Ana. Pero afortunadamente (o lamentablemente) para Ana las pistas se iban acumulando para descubrir el secreto que guardaban sus hermanos. Todo tenía conexión; su extraña llegada a Bucket, las campanadas de la iglesia, el comportamiento de sus

hermanos, la extraña anciana sonriéndole curiosamente. "Se dará cuenta tarde o temprano" retumbó en su interior una y otra vez...

Capítulo 4

Cuando el tren se detiene...

El tiempo avanzaba lentamente para Ana, quien se encontraba en la oficina de su difunto padre sentada en la silla ejecutiva y bebiendo lo que parecía ser un jugo de frutas rojas. En momentos agitaba el líquido haciendole un ligero movimiento con sus manos al vaso; otras veces, dejaba el vaso de vidrio en el escritorio y daba pequeñas vueltas en la confortante silla mientras se desplazaba gracias a las llantas de la misma.

Después de la pequeña ceremonia en el umbral de la peluquería (cuando en compañía de sus hermanos, cortó el listón rojo para dar la bienvenida a los clientes) se encontró brindando con desconocidos que decían ser parientes y amigos de la familia. Ana era muy pequeña para recordar el más mínimo detalle de su corta vivencia en Bucket. Cuando completos desconocidos (para ella) venían a saludarla tan cariñosamente se sentía avergonzada por no recordar a nadie. Pronto se sintió abrumada y había decidido escaparse a la oficina de su padre. Sus dos hermanos contrariamente saludaban y se les podía ver sonrientes, aunque vigilantes ante cualquier conversación que pudiera salirse de control.

Dando el último sorbo a su jugo de frutas recordó una vez más a aquella anciana misteriosa cuyo nombre conoció minutos despues de haberla saludado a distancia. Al momento del brindis la anciana le había sonreído. Ana se acercó a ella en busca de aquella disculpa que había prometido pero otra anciana más delgada y alta la llamó por su nombre e iniciaron una conversación. Al ver a Ana, Sebastian la llamó y le indicó que permaneciera a su lado con el pretexto de presentarle a un amigo de su padre tan pronto como llegara.

Jamás se había sentido tan avergonzada, tan abrumada por interactuar con otras personas, tan sola. ¿Por qué sola? Pensaba que no era la única que había cambiado, sus hermanos también mostraban una conducta totalmente distinta. Quizá era por el hecho que Ana no era más una niña, quizá sus hermanos decidieron tratarla como una joven de su edad; lo suficientemente capaz de integrarse al mundo de los adultos. Aunque eso contradecía sus anteriores pensamientos; que era muy pequeña para salir y entender a los adultos.

"¿Será que todo adolescente pasa por esta misma confusión?" pensó.

Segundos después, Ramiro entró en la oficina e interrumpió sus pensamientos diciendo:

—Los invitados se están retirando, ¿estás lista para ir de compras?

—Claro —contestó mientras se levantaba de la silla—, pero quisiera ir sola.

—Imposible —pronunció secamente—, Sebastian me ha ordenado acompañarte. No puedo fallarle.

Ana se sintió molesta y sacó la pregunta que tenía guardada desde la mañana.

—¿No me van a dejar sola ni un solo segundo? Primero Sebastian, estuvo toda la mañana sin separarse de mí. ¿Ahora es tu turno, y Brandon, le tocará mañana?

Ramiro se sorprendió. Esperaba cualquier cosa menos un reclamo. Y entendió que la estrategia de sus hermanos era tan inútil como para engañar la inteligencia de Ana. Pensó durante un par de segundos y contestó seriamente:

—No sabíamos que te sentías de ese modo, pero sé que has estado muy sola últimamente —se sentó ligeramente sobre el escritorio muy cerca de Ana y prosiguió—. Nosotros hemos estado muy ocupados con este proyecto. Sabes que Sebastian va a casarse y a instalarse en esta ciudad, hemos venido a apoyarlo y aunque te prometimos pasar un buen tiempo no hemos tenido la oportunidad. Ahora te pido que seas paciente —añadió sonriente—, el proyecto terminó. Te aseguro que tendremos más tiempo ahora, y bueno; no pensaba que te habíamos incomodado hoy. Debes sentirte muy...

—Confundida —concluyó Ana—, su actitud es muy distinta y no sé qué...

—Ya no somos unos niños, y tú tampoco lo eres —dijo interrumpiendo—. Tienes que entender que no todo será juegos y diversión el día entero —su expresión se volvió mas viva y animada—, por ahora, vamos de compras. Invitaré a los chicos, será divertido.

Minutos después se encontraron paseando y haciendo las compras necesarias en el mercado de la plaza. Ana se maravilló cuando sus hermanos le contaron más acerca de la historia de Bucket. Al inicio mostró un poco de duda cuando le comentaron que el famoso Bucket fue llamado así por la producción de baldes para decoración. Ella pensaba en un balde moderno de plástico y por más que intentaba, no podía imaginar cómo un balde pudiera servir de decoración. Luego recordó aquello que creía eran canastas de madera que podían verse por toda la ciudad. Algunos eran usados como maceteros y eran casi cubiertos por flores de todo tipo: Hortensias, girasoles, margaritas, rosas. Había incluso algunos con flores silvestres que lucían tan bien como las anteriores. Ana compró

un balde más pequeño de lo normal cuya madera lucía totalmente nueva y en su interior se encontraba una flor desconocida como asomándose al exterior. "Esta flor es hermosa. Jamás había visto algo semejante que igualase a esta belleza de flor." se dijo a sí misma. Con el pasar de las horas volvió a casa satisfecha y esperaba dormir para llenarse de vitalidad y enfrentar el día de mañana con mucha alegría y entusiasmo.

***

Un silencio incómodo inundó la habitación de Ana. Eran casi las once de la noche, pero debido al cansancio todo el mundo parecía dormir. Todo el mundo excepto Ana. No era que no quisiera dormir (se encontraba agotada), pero parecía estar rodeada por una tensión inexplicable. Quizá fue a causa de las repentinas campanadas que habían sido escuchadas anteriormente. Fue cuando el silencio invadió no sólo la habitación como pensaba Ana, si no todo el lugar. Ramiro desde el sofá (él solía dormir en la sala regularmente) lo sintió de igual manera, al igual que sus hermanos. Después llegó la oscuridad, si bien era de noche, parecía que todas las luces y postes del umbral y exteriores se habían apagado automáticamente, y al mismo ritmo volvieron a encenderse segundos después con menor intensidad y parpadeantes.

Un grito desgarrador hizo que Ana sintiese el más profundo y duradero escalofrío, jamás lo había experimentado a tal intensidad. El grito se convirtió en sollozos cada vez mas silenciosos. "¿De dónde proviene?" Se preguntaba. Al principio parecían ser escuchados como si una mujer llorase justo en algun rincon de su habitación. Ese pensamiento la hizo estremecer. Despues parecían provenir de alguna habitación vecina. Al final parecían venir del exterior. La tensión desapareció tan repentinamente como cuando había aparecido, pero el sollozo de aquella mujer desconsolada seguía sin cesar. Fue cuando Ana dejó a un lado sus pensamientos paranormales para darse cuenta de la realidad; una mujer lloraba sin consuelo mientras esperaba a que el tren llegase y se detuviese para viajar a algún lugar desconocido en donde sus lamentos desaparecerían para siempre y en donde la esperanza sería la mejor escapatoria a su triste realidad.

Capítulo 5

Un escenario familiar

—Disculpe señora, ¿podría ayudarle en algo? —preguntó Ana bastante alterada—, ¿qué le pasa, qué es lo que le aflije?

Ana no estaba segura si había hecho lo correcto al haber salido a mitad de la noche entre la penumbra sólo para ayudar a una joven mujer en nececidad de sosiego. Al salir de su habitación se había encontrado con Ramiro quien intentó detenerla y de regresarla a su habitación, pero debido a la personalidad espontánea y un poco impulsiva de su hermana terminó acompañandola hasta bajar del apartamento y llegar al umbral del edificio. Observaron a la mujer incada (en un baño de lagrimas) muy cerca de las vias del tren casi al borde de la banqueta. Llevaba puesto un vestido blanco bastante reluciente, pero una gabardina color café chocolatoso lo cubría casi por completo. Ana intentó aproximarse pero Ramiro la detuvo.

—¡Mi hijo, mi hijo! —exclamaba la pobre mujer una y otra vez, parecía ignorar la presencia de ellos o de cualquier otra persona.

—Ana, esto es incómodo —pronunció Ramiro casi a susurros—. No debemos entrometernos en situaciones que no nos corresponden.

Ana lo miró con incredulidad y pronunció: —Esta mujer ha perdido a su hijo, ¿quieres que ignoremos algo así?.

El tren se aproximaba a la estación y se detuvo dejando una misteriosa neblina en la superficie de concreto. La mujer detuvo su llanto, se puso de pie ante una de las puertas del tren y esperó mientras lentamente ésta se abría. Ana logró zafarse del brazo de Ramiro mientras él lucía escéptico a lo que sus ojos veían. Caminó hacía la mujer y la detuvo tomándola del brazo como si fuese su deber averiguar y resolver la situación.

—¿Quién eres tú? —preguntó la mujer con voz cansada y con una mirada fija que intimidó a Ana—. ¿Tomarás el tren?

—Lo siento —pronunció con voz entrecortada—, creí que necesitaba ayuda, la he visto llorar hace unos momentos y...

El rostro de la mujer cambió drásticamente mientras sus ojos se enrojecian y destellaban un sentimiento de ira por causa de las palabras de Ana.

—¿Acaso encuentras un motivo para no llorar en este terrible lugar? —preguntó—. Oh, ya veo. Eres como todos aquí, ignorantes.

Ignoran su realidad, ¡no son más que unos cobardes!

Ramiro no vio otra alternativa mas que acercarse y lidiar con la situación. La mujer seguía hablando.

—He perdido a mi hijo —dijo con voz apagada—, justo en este lugar —apuntó a las vias—. Lo he visto, he visto esa imagen una y otra vez. Camino por este sitio, me inclino y espero. Pero el sigue sin venir a mí. —rompió en llanto y la ira parecía volver a dominarla. Ramiro tomó a Ana del brazo y la apartó a una distancia considerable—. ¡Lo espero, lo sigo esperando! —exclamó devastada. Luego enmudeció por unos segundos y presa de una repentina tranquilidad pronunció: —No puedo esperar más, esa es la realidad. Él no vendrá. Ellas hubieran anunciado su llegada, así como lo han hecho con la mia.

—Todo va a estar bien señora —dijo Ana tratando de animar la situación y a pesar de no haber entendido claramente las palabras de aquella mujer, pensó que perder un hijo debía ser terrible y que eso la había trastornado.

La mujer cerró sus ojos y pronunció en voz baja: "Sólo la muerte nos podrá reunir"

Observó a los jovenes con mucha lástima.

—Es muy tarde, ¿no? —dijo con una leve sonrisa—. Mi hijo, donde quiera que esté —añadió mirando al cielo—. Estará bien. No puedo cambiar nuestro destino. Estoy aquí, y él allá. Ahora debo seguir.

Sin mirar atrás y plenamente decidida entró al tren. Dejando a Ana y a Ramiro sin palabras hasta que el tren se marchó. Volvieron a casa con un sabor agridulce en sus corazones. Ana durmió soñando con aquella mujer, cada una de sus frases la hacían estremecer, cada detalle de palabras que en sus sueños parecía comprender eran olvidados al amanecer. Sentada en algún lugar observó dos grandes lumbreras apróximandose rápidamente hacía ella. Tanto, que tuvo que cerrar sus ojos con todas sus fuerzas. Despertó con el eco de unas campanas distantes en su interior.

***

—¿Tienen lugar para alguien más? —preguntó la anciana de pie ante la mesa de Ana y cargando una caja oscura y mediana entre sus arrugadas y emblanquecidas manos. Sebastian observó con fastidio e incredulidad, mientras Brandon y Ramiro lucían nerviosos y sin saber qué decir.

—Lo lamento señora Damar —contestó Ana con cierta frialdad—, estamos

celebrando el cumpleaños de mi hermano en... familia.

Realmente le había molestado que "esa señora" estuviese en todos lados tratando de meterse en todos sus asuntos. Al principio trataba de groseros a sus hermanos, pero había empezado a deducir que ellos tenian la razón respecto a la anciana.

—No hay problema, señorita —contestó la anciana esbozando una enorme sonrisa que desbalanceó la frialdad de Ana al instante—. Pero mire a su alrededor, todas las mesas del parque lucen ocupadas. No puedo permitirme dar vueltas por todo el terreno buscando algún espacio. Sólo he venido a tejer en la comodidad y frescura de este ambiente natural.

Ana observó el parque. Realmente lucía lleno a pesar de estar a mitad de la semana. Habían pasado unos días y el evento de el tren se había discipado para Ana. Y aunque tuvo problemas con sus hermanos por sus acciones "peligrosas", logró su deseo de asistir al parque a celebrar el cumpleaños de Brandon en familia.

—Lo siento señora —agregó Sebastian con una sonrisa triunfal—, mi hermana tiene razón. Puede irse a otro lado a hacer sus manualidades.

—¡Vaya jovencito! —expresó la anciana—, ¿no crees que eres lo bastante grandecito para hablarle así a esta pobre anciana?

Sebastian dejó de sonreír y se sintió un poco avergonzado.

—Perdone a mis hermanos, señora—pronunció Brandon en un tono juguetón—. Hoy es mi cumpleaños y yo decidiré por ellos.

—Y, ¿qué es lo que decidirá, mi estimado joven? —preguntó la anciana en un tono alegre que hizo cambiar el ambiente tenso a uno más relajado.

—Vamos, siéntese. Partiremos el pastel.

La anciana se sentó justo frente a Ana y abriendo la caja que posaba entre sus piernas empezó a sacar estambre y agujas para tejer. Parecía tejer tranquilamente e ignoraba por completo a los demás. Sebastian lucía molesto con Brandon, era evidente que le molestaba la presencia de dicha anciana. Disimulaba con mucho esfuerzo. Al partir el pastel, Ana ofreció una pieza a la anciana, mas ella se negó y siguió tejiendo. Pronto lograron impartir una conversación bastante animada y entre broma y broma el atardecer en el parque empezaba a enrojecer el cielo y las luces del pueblo se encendian poco a poco.

—Y entonces, ¿cuántos años cumplió, joven? —preguntó la anciana (quien

aún tejía) sin contacto visual.

—Veinticinco —contestó tímido e inseguro mientras Sebastian le veía con una mirada incomprensible.

—Eres muy joven, aún. Recuerdo cuando —comentó la anciana espantando a los tres hermanos—... tenía esa edad. Es una edad muy bella.

—¿Y tú, jovencito? ¿qué edad tienes?

—Yo, diecinueve —contestó Ramiro.

—¡Cómo pasa el tiempo! La vida... es muy corta, y muy larga al mismo tiempo. Recuerden que no importa lo que haya pasado —comentó y dirigió la vista hacia Ana— o lo que pasará. Mientras haya conciencia en nuestros corazones, habrá esperanza para vivir en este mundo.

—Creo que ya fue suficiente —comentó Sebastian—. ¿aún no termina?

—De tejer, ya —contestó mientras guardaba sus materiales en la caja y la ponía sobre la mesa—. De hablar con ustedes no.

Ana había disfrutado la tarde y de cierta manera se divirtió con la presencia de la anciana y su conversación juguetona hacia ella y sus hermanos. El tono de la anciana le resultaba familiar. Era como si...

—Señora —dijo con una voz suave—, usted me resulta familiar. ¿Es acaso usted algún pariente lejano de nuestra familia?

La anciana sonrió y pese a los pensamientos de Sebastian y sus hermanos decidió retirarse diciendo:

—No, querida. Ningun pariente lejano —tras una pausa, agregó—. Ahora debo marcharme que mi querido Soliver me espera.

—Espere, señora —pronunció Brandon— ¿está usted cansada? Permítame acompañarla a su casa.

—¡Brandon! —exclamó Sebastian.

—No hace falta joven, voy camino a la estación.

—Está cerca, la acompañaré.

Diciendo esto se levantó, tomó el brazo de la anciana y la encaminó hasta

donde creyó que sus hermanos (en especial Ana) no escucharían.

—Gracias por venir

—Por mí no hay problema, pero veo que Sebastian se ha molestado.

—No importa. Sé que pronto tendrá que aceptarlo. Falta poco para que las vacaciones terminen y tarde o temprano... Ana lo...

—Tarde o temprano lo sabrá. Así tiene que ser.

—Estuvo a punto de deducirlo —pronunció inquieto.

—Lo sé —dijo la anciana mientras sonreía y observaba a Ana desde lejos—. Es muy astuta, sólo que en su corazón aún existe la inocencia de un alma joven.

Brandon asintió sin decir palabra alguna.

—Bueno, ahora debo irme —pronunció alegremente. Del interior de la caja sacó un pequeño estuche y lo entregó a Brandon — Feliz cumpleaños, hijo.

—Muchas gracias... abuela.

Dicho esto la anciana se retiró alegremente. Brandon volvió de igual manera con sus hermanos y mientras limpiaban la mesa del parque, ya listos para retirarse, abrió el estuche. Este contenía un reloj de plata bastante antiguo, pero que reconoció en seguida. Era el reloj de su difunto padre, y una hoja bastante doblada y escondida que decía:

"No podré esperar tanto tiempo su llegada, para mi fue mejor tomar el tren a mi siguiente destino. Sé que su abuela tiene otros motivos para quedarse y cuando llegue el momento, sé que ustedes también tomarán la decisión que les parezca efectiva. Los amo y si no he de encontrarme con ustedes quiero que no estén tristes. Sigan adelante viviendo a su manera. No importa lo agridulce que suele ser nuestra realidad"

Lloró en silencio y reconoció su triste realidad. No podía ocultarlo. No podía ignorar un acontecimiento tan importante, tan trágico, tan... doloroso. Ana merecía saber la verdad. Aunque fuese dolorosa, tenía derecho a escoger su destino, así fuese junto a sus hermanos, o lejos de todo.

Capítulo 6

Abuela I

Llena de un escalofrío repentino, Ana decidió acobijarse y dormir los famosos "cinco minutos más" que se convirtieron en horas hasta llegar a medio día. La habitación lucía ensombrecida, tanto que parecía como si estuviera amaneciendo una vez más. Miró el reloj despertador en su mesita de noche y estaba a punto de dar la una de la tarde. La cama ya no se sentía tan bien y a pesar del clima fresco decidió levantarse de una vez por todas. Se estiró luciendo adolorida de su espalda, frotó sus brazos con sus manos para crear calor en ellos y se dirigió a la ventana para observar como tenía por costumbre. El cielo estaba completamente nublado como si la lluvia fuese a caer en cualquier instante. No parecía haber truenos o relámpagos, pero sí un viento que remolineaba las ramas incluso de los más grandes árboles del parque. Éste se encontraba totalmente desierto.

—Ana —llamó Ramiro tocando la puerta de la habitación—, ¿Estás ahí?

—Sí, estoy aquí.

—Voy al mercado a hacer algunas compras —dijo abriendo la puerta—, ¿te gustaría acompañarme?

—Lo siento, no estoy lista —contestó dirigiendose hacia Ramiro—, sólo mírame —agregó sonriente—.

—¿La señorita acaba de despertar? —preguntó de muy buen humor.

—Sí —contestó alegre—, es viernes y este clima es para dormir sin parar —bromeó y tomando el picaporte exterior abrió la puerta un poco más y se recargó en ella imitando estar durmiendo.

—Está bien, duerma señorita perezosa —dijo en un tono juguetón.

Ana bromeó haciendo gestos de enfado y lo empujó hasta que pudo cerrar la puerta de su habitación. —¡Ay, sí! —pronunció.

Ramiro rio y se le escuchó retirarse diciendo: —Te veo más tarde.

—Ten cuidado —le respondió Ana.

Al quedarse sola en el apartamento pensó que iba a ser un día totalmente aburrido, pero prefería eso a salir a la calle. Si su habitación estaba fría, no podía imaginarse cómo estuviese la intemperie y ya se imaginaba el frío en el supermercado, especialmente en la sección de congelados;

donde los refrigeradores enfrían la carne al igual que a las personas que pasan por ahí.

Luego de unos minutos se preparó para darse un baño. El frío la hacía vacilar pero el agua caliente la animó y al salir se recostó en la cama mientras escribía un poco en su diario recordando el trayecto de sus vacaciones que no habían sido tan emocionantes como había pensado anteriormente. Pasaron los minutos y Ana empezaba a aburrirse. Había ido a la cocina a comer, a la sala, intentó leer y finalmente volvió a la habitación a recostarse.

La luz de la habitación se apagó y sólo se escuchó el silbido del viento. Se había quedado sin electricidad. "Lo que faltaba" pensó. Por lo menos, Ana se alegró que fuese de día y esperaba que la luz llegara pronto. Un poco pensativa meditó sobre muchas cosas, luego empezó a pensar en el clima. Estaba casi segura de que la lluvia caería en cualquier momento, pero éste no era el clima respectivo del inicio de la primavera. Se levantó de la cama y después de guardar su diario en el cajón de la mesita de noche se dirigió a la ventana para entretenerse un poco más.

El parque seguía desierto, pero observando hacia abajo vio a alguien aproximándose a la estación, parecía venir del parque pues acababa de cruzar las vías por el puente peatonal que se encontraba a la derecha, casí por el estacionamiento. Trató de asomarse un poco más pero la anciana (al acercarse al edificio) desapareció de su vista. Siguió observando pero no logró ver nada. El clima no era adecuado para que una anciana anduviese merodeando por el parque, lo que hizo a Ana preocuparse. La curiosidad o preocupación, o lo que fuera esa extraña sensación, hizo que bajase hasta el umbral de la estación para ver si la anciana se encontraba por ahí.

Al parecer la estación se encontraba vacía. Ni siquiera el guardía se encontraba merodeando como normalmente lo hacía. Ana se preguntó por qué era tan impulsiva. Ante cualquier hecho corría o se apresuraba como si fuese de vital importancia o su obligación. A fin de cuentas, para ella, la anciana era nada más y nada menos que una desconocida —aunque ese pensamiento le incomodó internamente—. Aún en el umbral —un poco decepcionada y sin haber cerrado la puerta del edificio—; se dio la media vuelta para volver a su apartamento llevándose la sorpresa de encontrarse frente a frente con la "desconocida" anciana.

—Disculpe —dijo Ana casi sin aliento y muy avergonzada.

—Señorita Ana, ¿o me equivoco? —dijo la anciana muy sonriente.

Ana asintió con la cabeza y antes de que pudiese decir palabra alguna la

anciana comentó:

—Buenas tardes, ¿cómo le va?

—Bien, yo... sólo salí a tomar un poco de aire —dijo muy avergonzada.

—Oh, sí —comentó de una forma casual—. Las luces se han ido, aunque ese no es un problema para esta comunidad.

—¿A qué se refiere?

—Oh, a nada cariño. Sólo intenté decir que en este pueblo estamos muy acostumbrados a eso. Aún hay ocasiones en las que ceno bajo la luz de las velas. Es algo muy relajante.

—Con permiso —pronunció un hombre bastante alto y con voz grave.

Al darse cuenta de la presencia de el hombre notaron que le obstruían el paso. De hecho obstruían la puerta del edificio, decidieron salir y darle paso al hombre.

—Propio, caballero —pronunció la anciana en un tono bastante cortés. Ana sólo enmudeció. Tan pronto se retiró el caballero, se dirigió a Ana y comentó sonriente: —Mejor sentémonos en esa banca de ahí, para no seguir estorbando ¿te parece? —dijo muy relajada y señalando una banca que estaba recargada en la pared, casi a un lado del umbral.

Ana asintió con la cabeza. A pesar del poco frío, ya le había mentido a la anciana diciendole que había salido a tomar aire, pues no había tenido el valor de comentarle que había salido por su causa. Era algo muy vergonzoso. Sin más que hacer, se dirigió a la banca y se sentó a la diestra de la anciana.

—Oh, ya veo. Tienes frío —dijo la anciana. Era un poco notorio por el comportamiento de Ana.

—Sí —contestó Ana con un poco más de confianza—, no pensé que estuviese tan frío. En mi habitación no se sentía tanto.

—No te preocupes por eso —comentó la anciana—. En realidad no hace mucho frío que digamos. Cuando era más joven solía tener frío por cualquier cosa, mas aprendí a ignorarlo. Sólo no pienses en ello. La mente es muy poderosa —concluyó añadiendo—; puede hacerte creer incluso lo que no te puedes imaginar.

Ana dudó de esa última frase, no tenía ningún sentido. O eso creía. Pero estaba satisfecha de saber que la anciana en realidad disfrutaba del clima, aunque temía preguntarle si no le importaba enfermarse o que le

ocurriese algo a causa de la lluvia. Entonces comentó:

—Me imagino. Aun así... me parece peligroso este clima. Le temo a las tormentas.

—Esto no es ninguna tormenta —contestó la anciana tranquilamente—, descuida que no lloverá. En esta ciudad es costumbre este clima, en cualquier época del año. Casí nunca llueve.

Ana se sorpendió de un dato más que no conocía de Bucket. Entonces comentó: —Es increíble. Pero, ¿cómo sabe que hoy no lloverá?

—Lo creo —contestó la anciana seriamente.

Después de unos segundos de pausa silenciosa, retomaron una conversación bastante animada. Ana agradeció por su presencia en el cumpleaños de Brandon y se disculpó por su comportamiento de rechazo. "Descuida, comprendo". Respondía la anciana ante cualquier disculpa, fuera por el comportamiento de Ana, o el de Sebastían.

—Y, ¿a qué has venido a esta ciudad, querida? —preguntó la anciana tranquilamente, aunque en el fondo sintiese que su pregunta no tenía sentido.

—Hemos venido de vacaciones. Mi hermano Sebastian va a casarse y mudarse a este lugar. Vino también a reabrir la peluquería que perteneció a mi padre.

—Vacaciones para ti, y trabajo para ellos ¿no es así? —contestó la anciana con bastante alegría.

Ana sonrió y comentó: —Algo así. Igual no he salido mucho de aquí. Mis hermanos se volvieron muy estrictos.

—Así son los jovenes —dijo la anciana—. Al crecer creen tener la razón y deciden tomar decisiones muy equivocadas, o quizá que no les corresponden —agregó con más seriedad—. Pero si en algo te consuela, ten en cuenta que lo hacen por amor.

—Supongo —contestó Ana en un tono serio.

—Sigo pensando que a tus hermanos y a ti les convendría venir a mi casa y rentarles esas habitaciones que en este momento están tan tristes y solitarias —dijo la anciana cambiando el tema—. O quizá aquella casa justo detrás de la mía, también me pertenece.

—No creo que tenga sentido —contestó Ana un poco desubicada ante aquella pregunta tan repentina—, mis hermanos y yo nos iremos pronto.

En menos de una semana volveremos a casa e iremos a la boda, después mi hermano volverá. No estoy segura si ya a conseguido alguna casa.

—Ya veo —contestó la anciana—. Qué bonito es el amor, no recuerdo haber visto una boda en mucho tiempo —comentó en un tono melancólico—. Es bonito ver a alguien enamorado, su alegría inocultable, el destello en su mirada, sus ganas de vivir.

La anciana silenció y Ana sólo pensó que era verdad, Jamás había visto a su hermano tan alegre a pesar de ser un hombre serio. Últimamente —desde su llegada a la ciudad— sólo lo veía más serio, incómodo, molesto. Todo menos la actitud de un hombre enamorado.

Ante el silencio de Ana, La anciana preguntó:

—Y dime, ¿qué hay de especial en esta ciudad para que tu hermano haya decidido mudarse?.

Ana pensó unos momentos y seriamente contestó: —No lo sé.

***

Capítulo 7

Abuela II

El viento abrumador que se había desvanecido misteriosamente tras la conversación entre la señora Damar y Ana había hecho una vez más su aparición.

—¡Oh, no! —exclamó la anciana preocupada—, El viento ha regresado.

—Es verdad —contestó Ana tranquilamente—, ni siquiera me di cuenta de cuándo dejó de hacer frío. Ahora ha vuelto.

—Así es este clima —dijo la anciana mirando hacia el cielo—, pero todo estará bien mientras no llueva.

Ana se abrazó y tembló de frío, pudo sentir unas ligeras gotas de lluvia que empezaban a aumentar su grosor. Entonces sintió que la mano de la anciana la tomaba del brazo y la encaminaba hacia el interior del edificio. Esta lucía bastante preocupada y Ana no entendía el porqué si hace unos momentos la anciana lucía tranquila y despreocupada ante el clima del lugar.

La anciana susurró un comentario que fue inaudible para Ana.

—Disculpe, ¿dijo algo?

—¿Y tus hermanos? —preguntó aún luciendo más preocupada de lo normal.

—En la peluquería, supongo —contestó bastante dudosa (la actitud de la anciana hizo que Ana dudase de la situación)—. Mi hermano Ramiro llegará pronto con las compras.

—¡Oh, no querida! —exclamó alterada.

—¿Pero qué pasa?

La anciana pensó por unos momentos mientras observaba el exterior del edificio a travez de las ventanas de cristal.

—¡Esta debe ser una tormenta peligrosa!. Aunque solo falta algo más para confirmarlo —comentó la anciana en voz alta, pero no se dirigía hacia Ana.

El cielo se había oscurecido por completo y poco iluminaba el interior. Decidió soltar a Ana tan pronto vio a Sebastian aproximándose

rápidamente y entrando al edificio. Entonces le dijo:

—¡Hijo, me alegra que estés aquí!

—Y usted —comentó Sebastian confundido— ¿qué hace aquí?

La anciana se aproximó a Sebastian y en un tono bastante bajo le dijo rápidamente (sabía que Ana se aproximaría también y no quería que ella escuchase): —Tenemos que hablar urgentemente.

Sebastian comprendió y al aproximarse Ana le dijo: —Toma esta linterna y ve al apartamento.

—Pero —dijo Ana en un tono demasiado tímido—, sabes que temo a la oscuridad. No pienso ir a ningun lado.

—No te estoy preguntando —contestó alzando la voz—, pero sólo adelántate un poco —agregó inseguro—. La señora Damar y yo tenemos algo de qué hablar.

Ana se adelantó un poco y se dirigió a las escaleras, desde ese lugar seguía viendo a Sebastian. Parecía molesto, como siempre. Mientras observaba seguía meditando en las palabras de la anciana, era hermoso ver a alguien enamorado, pero las caracteristicas de Sebastian habían cambiado drásticamente. En sus últimos momentos familiares siempre lucía sombrío. Si existe un aura que rodea a la persona y la identifica, Ana aseguraba que el aura de Sebastian había cambiado su color. Su esencia no emanaba alegría. Era como si algo en él hubiese muerto y aunque no lo entendiese bien, estaba segura que algo había desaparecido de su vida porque ella misma podía sentir ese vacío en su interior.

Observó a la anciana que al hacer un comentario hizo cambiar el rostro de enfado de Sebastian a uno de preocupación. Discutieron un poco más y cuando menos se dio cuenta; Ana sintió a Sebastian tomarle bruscamente del brazo -casi como lo había hecho la anciana- y empezaron a subir las escaleras. Mientras Sebatian le quitaba la linterna, Ana dirigió su vista hacia atrás y vio a la anciana siguiéndoles el paso.

Al llegar al apartamento Sebastian cerró la puerta y ordenó a Ana que fuese a su habitación pero la anciana sugirió que se quedase en la cocina (no estaba tan lejos para no escuchar pero por lo menos podía vigilarla ante cualquier situación).

—¿Hay alguna manera de comunicarme con mis hermanos? —pronunció Sebastian en un tono semi-alto—. Ana —agregó aumentando el tono de su voz—, ¿qué esperas para irte a la cocina?

—Está oscuro.

—Toma la linterna, querida —pronunció la anciana y le indicó con la mirada a Sebastian que se la diese.

—Ah, sí. Tómala.

Ana tomó la linterna y se dirigió a la cocina pensando en buscar unas velas para iluminar la sala principal. Mientras buscaba ignoró por completo la discusión de su hermano que seguía vigente.

—Entonces, ¿qué hago?

—No te preocupes tanto por eso —comentó la anciana fingiendo un poco de tranquilidad—, he advertido a Ramiro y Brandon sobre esto. No les he dado muchos detalles sólo que cuando ocurriera tuvieran cuidado. Te lo hubiese advertido —agregó dudosa—, pero fuiste el único que jámas quizo hablar conmigo.

—Ahora no es tiempo de reclamos —dijo Sebastian avergonzado.

—Lo sé, hijo —respondió la anciana.

Ana logró encontrar unas velas muy bien escondidas entre uno de los gabinetes inferiores de la cocina, cuando alzó su vista hacia la sala observó casi la misma escena: La señora Damar y Sebastian discutiendo y en las mesitas de la sala había velas encendidas que iluminaban la habitación. Trató de ignorar ese hecho, encendió una vela, la puso sobre la mesa y se sentó con un sentimiento extraño en su interior... ¿de dónde habían sacado las velas y el encendedor para iluminar la sala?.

Pasados los segundos de duda, Ana se estremeció al escuchar imponentes truenos que hacían retumbar el edificio de apartamentos. Entonces buscó con la mirada a Sebastian para tranquilizarse y cuando pensaba levantarse de la silla y aproximarse hacia él, la señora Damar exclamó desesperada:

—¡Suficiente!

—Por favor, no lo...

—¡He dicho suficiente!, Sebastian —dijo la anciana quien parecía molesta, pero al mismo tiempo sus ojos lucían enrojecidos. Parecía llevar una carga consigo y sus lágrimas eran de amargura—. He hecho todo lo posible para complacerte, pero ya no puedo más.

Ana se quedó impresionada, casi inmóvil. No sabía si volverse a sentar o levantarse e ir corriendo a reclamarle a Sebastian por haber hecho o

comentado algo que hizo estallar a la pobre anciana. Al ver la actitud de la anciana y sus lágrimas que brotaban lentamente y sin cesar, no pudo soportar y sus ojos enrojecidos lloraron por compasión.

—He tenido que soportar tus malos tratos, tus groserías, tu alejamiento y el de tus hermanos —seguía comentando la señora Damar entre lágrimas— tantos años sola en este pueblo y a pesar de lidiar con el dolor de su pérdida tenía la ilusión de que estuviésemos reunidos una vez más; como cuando eran niños, ¿o ya se te olvido quién soy?.

—¡Para ya, por favor, Abuela! —pronunció Sebastian con ojos llorosos y tan rápido que no se dio cuenta de lo que había dicho.

Ana tardó en reaccionar, pero sin duda había escuchado correcta y claramente las palabras de Sebastian. Entonces vino el recuerdo; aquel sueño en el que la señora Damar la cargaba entre sus brazos, aquella continuación del sueño que creía no recordar pero que se extendió como un fuego devastador y avanzó por cada una de las células de su cerebro hasta esclarecer la frase que estuvo comprimida todo ese tiempo "Yo también te amo, abuela".

—¡¿Abuela?! —exclamó Ana en una mezcla de alegría y coraje.

Sebastian y la señora Damar quedaron sorprendidos y observaron a Ana con temor, habían olvidado su presencia. Damar decidida y pese a las lágrimas de derrota de Sebastian pronunció con voz tranquila y suave:

—Es hora de decirte la verdad, hija.

Capítulo 8

El retorno de la joven mujer

La puerta principal se abrió y fue Ramiro el que interrumpió la tensa escena familiar.

—¡Ramiro, ¿lo sabías? —preguntó Ana mientras se aproximaba a él.

—¿Saber qué? —dijo sorprendido y temeroso. Dejó las bolsas de las compras en el suelo y se acercó a Ana.

—¡Ella!...

—¡Para ya!, Ana —interrumpió Sebastian—. No hagas esto más grande, ha sido un malentendido.

—¿Malentendido?, ¡he escuchado claramente cómo le llamabas!

—¿Abuela, te parece la gran cosa? —comentó Sebastian con inseguridad.

La señora Damar enmudeció, parecía que todo intento por revelar la verdad se había desvanecido. Había sido un ataque de ira el causante de sus palabras de reclamo y de su abrupta valentía. Ramiro trató de entender la situación antes de pronunciar palabra alguna, solo abrazó a Ana y la confortó mientras Sebastian articulaba su nueva explicación.

—Tú no lo recuerdas —habló Sebastian—; cuando vivíamos aquí esta anciana fue muy buena con nosotros; de cariño decidimos llamarla abuela.

Ana pensó unos segundos. Sabía que cuando tenía cuatro o cinco años, su abuela paterna había fallecido. Pero de su abuela materna no sabía nada. El hecho de que esa anciana pudiera ser su abuela la llenaba de una extraña mezcla de confusión, alegría y coraje.

—¿Es verdad eso? —preguntó observando a la anciana con ojos suplicantes.

—Bueno, sí —contestó la anciana con poca seguridad—. Cuando la señora Ortiz falleció, me dio mucha pena. Ella era mi amiga y me prometí que cuidaría de ustedes.

—Pero, ¿cómo es posible? —cuestionó incrédula —. Desde que llegamos a este lugar mis hermanos no han hecho nada más que tratarla como si fuese una loca desconocida.

—Es verdad —contestó Sebastian—, cuando nos mudamos ella no volvió a buscarnos, parecía que nuestra ausencia nunca le importó. Eso nos puso muy mal y claro que nosotros no quisimos verla ahora.

—¿Nosotros? —dijo Ramiro al fin integrándose a la discusión (pensó que, si era lo suficientemente astuto, podría desviar el tema principal)— eres tú el que no ha querido verla. No nos has permitido acercarnos. Sólo has confundido a Ana, creo que todos estamos de acuerdo en que esta situación no puede seguir así.

—Tienes razón, pero...

La luz volvió e iluminó en gran claridad la sala de estar (Sebastian calló debido a la sorpresa). La habitación quedó en tranquilidad por una fracción de segundos, los suficientes para que la señora Damar notara que la tormenta había cesado. "El peligro ha pasado" susurró, aunque nadie le prestó atención. La puerta principal se abrió; era Brandon quien entraba con mucha tranquilidad. Al observar la situación se turbó y cerrando la puerta preguntó:

—Ahora, ¿qué pasa aquí?

—Supongo que, ya fue suficiente —dijo Sebastian en un tono calmado— Ana, ve a tu habitación.

—Pero...

—¡Ve ahora mismo! —ordenó Sebastian alzando el tono de su voz. Luego, con un tono más relajado añadió: —Te prometo que resolveremos este asunto. Todo será como antes, puedo asegurarlo —concluyó (no tratando de convencer a Ana, si no a él mismo).

Al ver a Ana inmóvil y lista para protestar, Ramiro la tomó del brazo con cuidado y la encaminó a su habitación. Al llegar abrió la puerta y le ordenó que entrase y se quedase ahí hasta que todo terminara. Entonces, cerró la puerta dejando a Ana incapaz de abrirla por dentro.

En la sala de estar, la discusión seguía con más tranquilidad. Cuando Ramiro volvió, la señora Damar se estaba retirando por cuenta propia. Antes de irse, estando en el umbral de la puerta principal; informó a los hermanos que al parecer el peligro había cesado; pero que era necesario que tomaran una decisión. No podían seguir mintiendo y el error que habían cometido al no decirle, pudo haber traído consecuencias irreversibles. Les indicó que, si Ana la necesitaba; le estaría esperando en

la zona central del parque; a las orillas del río. Dicho esto, se retiró con una mirada triste. En su interior, sabía que era lo correcto decir la verdad; pero la verdad era más cruel que la mentira.

Sebastian cerró la puerta y se aproximó al sofá, mientras Brandon (ya sentado) dijo:

—Estoy seguro que Ana sigue sin creer la historia que se han inventado.

—Parte de la historia es real —dijo Sebastian mientras Ramiro alzaba su mirada al techo (este no tardó en contestarle)

—¿Acaso no te has puesto a pensar en qué pasará si Ana intenta recordar a la "señora Ortiz"?

—Era muy pequeña para recordarlo —contestó con evidente inseguridad.

—Como veo, parece que hay algo que no te ha quedado claro —comentó Ramiro mirando a Sebastian con suma indignación. No podía creer que Sebastian insistiese en seguir con la mentira—...

Sebastian interrumpió diciendo: —Lo que me queda claro, es que este no era el momento.

—Y, ¿¡cuándo lo será!? —exclamó Ramiro—. "¡En tres días volveremos a casa!", ¿sabes lo que pasará cuando se entere que no podemos volver?

Aún sentado en el sofá, Brandon observaba la situación. Sus dos hermanos, uno a cada lado discutiendo lo que había estado en su mente todo este tiempo. Recordaba la promesa que hizo el día de su cumpleaños, la decisión era de Ana. Ninguno tenía el derecho de interferir. Pensaba que el engaño (idea de Sebastian), hubiese funcionado en otras circunstancias. No en un viaje de vacaciones que se había transformado en un viaje sin retorno. Entendía perfectamente a Sebastian, ninguno de los tres tenía en valor de decirle la verdad, de pronunciar tan devastadoras palabras.

—No debimos mentirle en un principio —comentó Ramiro sentándose en el brazo de el sofá.

—Creo que la culpa fue mía —añadió Brandon desanimado—. Al verla despertar en el auto, inconsciente de la situación; no supe qué decir. Yo podía recordarlo todo, y el forastero que mandaste me lo confirmó. Pero, Ana no recordaba. Después pensé que en cuanto llegáramos con ustedes, entre los tres tendríamos el valor de decirle; mas no fue así.

—Decidimos retrasar lo inevitable, ¿no? —comentó Sebastian con un aire

de derrota (acabó sentándose también).

—Sebastian —dijo Ramiro mirándolo con ojos enrojecidos—, sé que me acobardé hace un momento. En realidad, consideré que tampoco era el momento. No somos perfectos y es normal que nos duela decir la verdad, pero es hora. Ana lo entenderá —concluyó con una leve sonrisa, pero lágrimas rodaron por su rostro enrojecido.

—Hagámosla recordar —contestó Sebastian cargando un sentimiento de valor y nerviosismo.

Brandon se levantó del sofá y dijo con voz clara e imponente: —Es hora, hermanos.

***

Sentada en el piso, abrazando sus rodillas, con ojos enrojecidos y recargada en la puerta de su habitación, Ana lloraba de impotencia. Se sentía poca cosa, insignificante. ¿Acaso era una extraña que no merecía saber la verdad? Sabía que le mentían, en su corazón sabía que esa anciana era su abuela; podía asegurarlo. Los recuerdos no mentían. Entonces recordó a su madre. Cuando era pequeña, Ana llegó a preguntarle por su familia: su madre, su padre, sus tíos, sus abuelos. Pero siempre contestaba que al único miembro de su familia que conoció fue a su padre; quien falleció dejándola sola en un orfanato.

Ana se preguntaba si aquello tenía relación a la señora Damar; quizá había abandonado a su hija. Quizá el resentimiento de su madre hacia su abuela le hacía evitar cualquier conversación relacionada con ella. "Imposible", se dijo más segura que nunca. No creía la versión de sus hermanos ni la que su subconsciente había generado, ninguna hacía sentido. Sentía que su cabeza iba a estallar y una migraña intensa le hizo presionar su cabeza con sus manos fuertemente. Parecía que en cualquier momento se iba a dar cuenta de la realidad, todos esos pensamientos y recuerdos comprimidos saldrían con máxima fluidez y tan repentinamente como la corriente eléctrica que había encendido la ciudad, el apartamento y su habitación anteriormente.

Un extraño sonido estático la distrajo, y viendo al suelo se dio cuenta que la luz parpadeaba. Tenía toda la intención de alzar su vista, pero un presentimiento injertado en su pecho lo impidió. Había alguien en la ventana; observando desde afuera, planeando con fijo de detalles sus futuros movimientos. Ana nerviosa, supo que su presentimiento era real cuando escuchó que alguien tocaba la ventana y que la extraña visitante era aquella mujer. Había regresado. Tomar el tren no había sido suficiente, sólo había una manera; una abominable solución para encontrar tan anhelado asosiego y Ana era el alma pura y perfecta

para conseguirlo.

***

Capítulo 9

Recuerdos...

Ana observaba anonadada a la joven mujer, quedó inmóvil tan pronto la vio a través del cristal de la ventana. La mujer le sonreía con mucha seguridad, estaba de cuclillas sosteniéndose de una manera sobrehumana (era imposible que sus pues descalzos y sus delgadas manos resistieran sobre el pequeño borde exterior de la ventana). Ana se atemorizó al ver a la mujer haciendole un ademán para indicarle que se acercara. Al verla aún inmovíl; pronunció en voz alta:

—¿No me dejarás entrar, Ana?

—Pero, ¿cómo ha llegado hasta aquí? —contestó con voz entrecortada y sin moverse de lugar.

—Eso no importa ahora —contestó con indiferencia—. ¿Sabes? —dijo demostrando seguridad y confianza (su enorme sonrisa no se desvanecía con nada)—, es peligroso aquí afuera; y creo que me estoy cansando.

Observando a la mujer con desconfianza, Ana estaba dispuesta a gritarle a sus hermanos (su habitación no estaba tan lejos de la sala principal), pero sentía un nudo en su garganta y pesadez en su cuerpo. A pesar de estar aterrada y confundida, una ligera parte en su interior quería saber el motivo de la extraña visita. La mirada de aquella mujer intimidaba a Ana en gran manera, y como si le hablase, le indicaba que quedara callada y sumisa; inconsciente, obedeció.

—Bueno, esto es interesante —siguió la mujer—. Has dejado la ventana sin seguro.

Dicho esto, abrió la ventana corrediza y se deslizó hacia dentro. Después la cerró y se quedó de pie junto a ella. Mientras la mujer seguía hablando, Ana la observaba con cautela y lentamente se ponía de pie.

—Se lo que tienes en mente: cómo una pobre y débil mujer va a escalar un edificio de tres pisos para llegar a esta habitación en lugar de, bueno, ser normal y cortés y tocar la puerta —comentó con una expresión de grandeza—. No es mi obligación explicarte —Concluyó dando un paso hacia adelante, recargándose en una cómoda que estaba a su derecha y observando a Ana con una mirada fija y la misma sonrisa malévola.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó Ana insegura y temerosa.

—Simple, te quiero a ti, querida.

Ana, aun recargada en la puerta buscaba discretamente el picaporte. La mujer sonriente preguntó:

—Estás atrapada, ¿no? No te preocupes, no pretendo hacerte mucho daño —agregó mientras caminaba hacia Ana—. He estado recaudando energía durante un par de días. Aunque he de decir que la energía de aquí no es tan efectiva como la que me dijeron que podía obtener con un pequeño truco.

—¿Qué es lo que quiere de mí?, ¿a qué se refiere?, ¿de qué truco está usted hablando?

Ana no entendía ni una sola palabra de lo que la mujer decía a medias. Lo único que tenía en mente era en girar el picaporte y que este abriera enseguida para así correr en busca de la protección de sus hermanos.

—Si te digo el truco, ya no me serás útil —contestó la mujer como única respuesta definitiva—. Así que —añadió cambiando el tono vacilante y malévolo a uno serio e intimidante (finalmente se encontraba de pie frente a Ana)—, es hora.

La mujer se disponía a tocar la frente de Ana, de su mano derecha emanaba una mística luz que la dejó como hipnotizada. Ana había sentido el instinto de retirarse, pero la luz le llamo la atención en gran manera (era como si a través de ella mirase otro mundo, un mundo inexplicable, con objetos, formas y colores que jamás había conocido; tal como aquella flor que la había cautivado días antes por su belleza y autenticidad). El sentimiento y admiración que sintió Ana serían desvanecidos tan pronto la mujer tocara su frente e hiciera gran presión sobre ella. Sentiría un agotamiento y un sueño profundo que, aunque quisiese apartarse, le sería imposible; ya no sentiría su cuerpo y su fuerza interior se apagaría poco a poco. Por otro lado, a la mujer le iría mucho mejor; recuperaría un aspecto más vívido y sentiría una potente energía que la llenaría de vida poco a poco.

La sonrisa de la mujer al estar a milímetros de la frente de Ana se desvaneció tan pronto se escuchó la cerradura de la puerta siendo manipulada. No tuvo otra opción más que huir y esconderse (dejando a Ana atónita, de pie, sin moverse y con la mirada perdida).

—Ana, ¿podemos entrar? —preguntó Ramiro mientras tocaba la puerta—, tenemos que hablar.

Al no escuchar respuesta Sebastian intentó abrir la puerta, pero al sentir a Ana recargada en ella no se atrevió a empujarla o abrirla bruscamente.

—Escucha, Ana. Veo que estás molesta —comentó Brandon—, pero esa es la razón por la que estamos aquí. Hemos venido a decirte la verdad.

—Vamos, Ana. Déjanos entrar —dijo Sebastian inquieto— esto no es fácil para nosotros. ¡Quítate de en medio!

—Tranquilo —susurró Ramiro—, de esa manera menos querrá hablar con nosotros.

—Está bien, hablemos así. Solo escúchanos —dijo Brandon.

Ana reaccionó cuando dejó de sentir la presencia de la mujer imponiendo su voluntad. Seguía sin moverse de lugar, su mente se encontraba casi en blanco. No sabía si salir corriendo y abrazar a sus hermanos con todas sus fuerzas (aunque para eso tendría que dar explicaciones fuera de lo común) o quedarse en la habitación (esta última era mucho peor) donde la mujer asechaba desde algún lugar desconocido. Le aterraba quedarse a solas con aquella mujer otra vez, se escabulló tan rápido que no vio dónde se escondió o si se había ido. Algo le decía que nada de lo que vio –a pesar de ser un lugar esplendoroso– le traería algo bueno. Algo en ella quería ver aquel lugar una vez más, pero al mismo tiempo le aterraba.

Cuando finalmente reaccionó a las palabras de sus hermanos, Ana logró sorprenderse. Le dirían la verdad. Pensaba que, a pesar de querer saberlo, no era el momento. Se estaba recuperando de un terrible estado de shock y de descubrimiento. Seguía pensando en la mujer. << ¿Qué era?, ¿una bruja?>>. Pensaba que aquel lugar tan asombroso podría ser una ilusión. A estas alturas, ya nada le sería extraño. Su mente se encontraba abierta al entendimiento.

—La verdad —se dijo casi susurrando y con una mirada perdida.

—Sí, la verdad —contestó Ramiro quien apenas había escuchado la suave voz de Ana.

—Recuerdas lo extraño que fue nuestra llegada a Bucket —añadió Brandon.

Ana no esperaba que le contestaran, sola abría su mente e intentaba darse cuenta de la realidad.

—Tarde o temprano —susurró mientras pensaba en aquella anciana. La señora Ortiz, su abuela llegó a su mente, también pensó en la señora Damar, llamada "abuela" por sus hermanos. La señora Delia Damar era sin duda la mujer de sus recuerdos. A la que ella

llamaba abuela.

—…Me preguntaste qué había pasado y te dije que el auto se había averiado —seguía Brandon con un tono cada vez más entrecortado y nervioso.

Ramiro y Sebastian se encontraban nerviosos, dudando de que Ana estuviese escuchando.

—Ana, responde. ¡Por favor! —comentó Sebastian mientras Ramiro le hizo una seña para que dejara de presionar a Ana.

—Déjala escuchar —susurró Ramiro—, probablemente está sacando conclusiones.

—Damar, Delia, Ortiz —susurraba Ana. Seguía recargada en la puerta mientras alzaba su vista y balanceaba sus ojos de un lado a otro mientras deducía—. Delia, Dam —entonces se detuvo, ¡lo tenía! Abriendo sus ojos y mirando a la nada pronunció: —¡Delia Ortiz Damar!

—¡Lo sabe! —exclamó Ramiro.

—¡Lo ha recordado! —dijo Sebastian casi al mismo tiempo.

Brandon solo calló y sorprendido se preguntaba qué pasaría después. Lo peor estaba a punto de suceder.

—¿Cómo es posible? —se preguntó Ana en voz alta—. ¡Todo este tiempo!

—Ana, déjanos entrar —indicó Sebastian intranquilo.

—No te preocupes, no digas nada —comentó Brandon—. Déjala digerir la noticia —luego de esto recargó su mano izquierda en el hombro de Ramiro y la derecha en el de Sebastian.

Los tres sonreían levemente con ojos enrojecidos. Habían sido liberados de una gran carga. Por otro lado, Ana estaba llena de una mezcla de emociones interminables. Parecía estar llorando, sus ojos seguían abiertos y brillantes; sin embargo, no derramaba ni una sola lágrima.

—¡Todo este tiempo he estado hablando con mi abuela! La que en mis recuerdos me cargaba en sus brazos, la que, ¡la que murió hace más de diez años! —finalmente, lágrimas rodaron por su rostro y su mente se abrió para la siguiente deducción.

—Recuerda el accidente, Ana —indicó Brandon asegurándose de que Ana

captara lo que seguía.

—El accidente —pronunció Ana en un tono suave, pero semi-interrogativo al mismo tiempo. Entonces, tras secarse las lágrimas volvió a tener aquellos ojos brillantes (ya no tan abiertos) mientras recordaba el accidente —. Lo, lo recuerdo. ¡por Dios! ¡aquellas dos lumbreras! —exclamó intranquila—, las de mis sueños. ¡No eran más que las de aquel camión que arrasó con nuestro auto!

Un grito en silencio y lleno de ira esbozó la joven mujer que esperaba escondida en el armario. Nadie la escuchó. Su malévolo plan había sido desmantelado por la misma posible víctima de él. Huyó despavorida navegando por algunos pasillos del edificio, cuando salió siguió por las vías del tren avanzando y sin saber qué hacer, para finalmente perderse en el horizonte. Ella, pensando en su hijo, al que jamás podría volver a ver, aquel que sobrevivió al fatal accidente. Al que intentaba llevar consigo al momento de suicidarse. Quizá no se rendiría en traerlo consigo, pero Ana ya no sería parte de esa historia.

Un ambiente de paz y tranquilidad inundó el ambiente.

—Era de noche, ¿lo recuerdas? —dijo Sebastian con una voz suave y calmada.

—Sí —reafirmó—, habíamos paseado todo el día y decidimos irnos al atardecer. Después me quedé dormida y cuando desperté, estaban esas dos luces deslumbrando mi visión.

—Lo siento, Ana —pronunció Sebastian de repente entre lágrimas y recargando sus manos y rostro en la pared— ¡no pude hacer nada para evitarlo!

—Tranquilo hermano —intercedió Ramiro mientras le palmeaba la espalda—, sabemos que no fue tu culpa —. Sabes, Ana —añadió con voz desanimada—. Nosotros fuimos los primeros en venir aquí. Esperábamos fervientemente que tú y Brandon nunca llegaran. Cuando lo hicieron, nos entristeció en gran manera. No supimos qué hacer y al final decidimos callar.

—No pude darme cuenta —contestó Ana con más tranquilidad—, lo siento. No pude darme cuenta de la realidad, de esta realidad.

—No tienes por qué disculparte —dijo Brandon (la acción de Ana interrumpió sus futuras palabras).

Ana abrió la puerta y abrazó a sus hermanos con todas sus fuerzas. También se sentía aliviada, las experiencias de los últimos días la habían preparado para este momento. Un sinfín de futuras acciones

y decisiones la esperaban. Luego de unos minutos de unión y consolación pronunció:

—Debo ir a verla.

Salió corriendo por los pasillos, llegó al umbral del edificio; se detuvo por unos segundos al ver a un niño jugando cerca de los rieles. No pudo hacer ni decir nada, sólo entre lágrimas siguió su camino. Mientras se retiraba, el guardia del edificio se dirigió hacia el niño y le ofreció un caramelo diciendo: "Voy a guiarte para tomar el tren, ¿vale?" El tren se aproximaba y el destino de aquella pobre criatura cambiaría al dirigirse a su próxima parada.

Ana se dirigió al puente peatonal para llegar al parque. Poco a poco se adaptaba a lo que antes por su mente inocente ignoraba. Ya casi no sentía sus piernas corriendo a gran velocidad, era como si se desplazara sin mover un solo dedo, tampoco sentía el roce de sus manos, ni el viento alborotando su hermosa melena oscura. Poco a poco se iba dando cuenta de lo que en realidad era. Un espíritu ambulante recorriendo las calles de un extraño pueblo llamado Bucket.

Capítulo 10

Vivir

La calma espiritual de Ana y sus hermanos trajo consigo un lindo atardecer semi nublado en la bella ciudad de Bucket. El color del cielo se había convertido en una mezcla de tonos azules y rojizos. Poco más de la mitad del sol se asomaba en el horizonte y hacía brillar a las ligeras, delgadas y escasas nubes en el cielo. El río del parque emitía un cálido y sereno sonido que hacía sentir paz y tranquilidad a sus habitantes. Ana nunca había visto la ciudad tan pacífica, fue casi como la primera vez que se adentró en ella con Brandon. Un ambiente que, de alguna manera, la enamoró por completo.

No tardó en encontrar a su abuela, la señora Delia Ortiz Damar, tal y como la veía en sus recuerdos; se encontraba sentada en una zona elevada del parque observando el horizonte. No tardó en sentarse junto a ella. Luego de unos segundos sin saber qué hacer o decir, tocó el pasto con la palma de su mano: no pudo sentir demasiado, pero se esforzó un poco más hasta que sintió el ligero roce de sus manos acariciando el pasto. "La mente es muy poderosa, puede hacerte creer incluso lo que no te puedes imaginar" Pensó.

Repentinamente, sintió un extraño ronroneo y un suave roce en su espalda. Al dirigir su vista hacia atrás se encontró con un gato negro y muy esponjoso. El pequeño felino se posó en sus piernas y ella no dudó en acariciarle.

—Él es Soliver —comentó Damar sonriente—, solías jugar con él cuando venías de visita.

—Creo que lo recuerdo —respondió Ana devolviendo la sonrisa y mirando a Soliver con ternura. Después ya no parecía ver a Soliver, sino que, con su mirada inclinada quedó sumergida en sus pensamientos.

—¿En qué piensas? —le preguntó su abuela mientras buscaba su mirada.

—En aquella mujer —dijo con un tono suave—. ¿Dónde estará?

—Si lo que te preocupa es si volverá, no es necesario que te agobies. Ella no podrá hacerte daño.

—Lo sé —contestó mientras Damar le observó con una expresión dudosa—, es sólo que; si no soy yo, buscará a alguien más.

—Es probable, pero no te preocupes —agregó con un tono delicado—. Para eso los guardias y forasteros vigilan la ciudad.

—Aún me es difícil entender, sabe. Aquella mujer, ¿Qué era lo que quería de mí?

Damar dudó un poco en decirle. Demasiada información en un solo día, podía ser mucho para su nieta. Aunque sabía que Ana le insistiría y cualquier cosa que omitiera terminaría enterándose por otro lado. Después de aquel pensamiento fugaz y repentino dijo:

—Almas como la de aquella mujer solo buscan inocentes para robarle su vitalidad. Claro, los más sensibles son los niños, ellos no tienen la capacidad de reconocer que... han "hecho el viaje". Los forasteros suelen llevarlos a la estación, mientras que los guardias suelen guiarlos a tomar el tren. No pueden quedarse en este lugar, en especial si vienen solos –los que vienen con sus padres suelen quedarse aquí, pero ellos saben que es muy peligroso- ya que, al estar en este lugar emiten una especie de energía que puede crear conexión con el otro mundo. El clima suele anunciar cuando alguien como aquella mujer se aproxima, aquellas almas oscuras traen consigo energía negativa que transforma el ambiente a uno sombrío.

Ana quedó pensativa unos segundos y dijo secamente.

—Creo que ahora entiendo.

—Es una alegría que todo haya terminado bien.

Ana sonrió a medias y sus ojos empezaron a brillar. La señora Damar le abrazó y Ana pudo soltar unas lágrimas mientras pensaba en su corta vida en aquel mundo de "los vivos".

—¿Qué es este lugar? —preguntó con más tranquilidad.

—Oh, querida. ¡Ni yo misma lo sé! —contestó conmovida— y me atrevo a decir, que nadie más lo sabe —agregando un tono serio prosiguió—. Algunos dicen que es una ciudad fantasma idéntica al "mundo real", otros dicen que estamos en el mismo plano, pero sin poder vernos entre sí. Bucket dejó de ser aquella ciudad real y palpable cuando, una mañana desperté y Soliver me recibió. No pensé que fuera él así que seguí con mis actividades matutinas. Cuando salí de compras, me encontré con mi mejor amiga, estaba sorprendida. Ella había muerto seis meses atrás. Me explicó todo lo que sabía, hasta que me habló del tren.

—¿El tren? —preguntó Ana mientras se apartaba de ella para prestar

suma atención.

—Nadie sabe a dónde va. Los que aún conservan su fe creen que va al cielo —explicó alzando su vista—. Otros dicen que te lleva al mundo de los vivos como un nuevo ser. La verdad es que, a mí me aterró tratar de descubrirlo. Es por eso que nunca he dejado este lugar, los recuerdos que tengo en esta vida; mis padres, mis hermanos, mis hijos, tú y tus hermanos han sido lo mejor que me ha pasado. Aún no estoy dispuesta a olvidar. Se que esto sonará extraño, pero no me iré hasta que pueda verlos a todos nuevamente.

—Lo entiendo —contestó Ana seriamente y después de una pausa preguntó: —¿qué pasó con mi padre?

—Él vino aquí hace tiempo. Hablamos mucho y convivimos por un par de meses. Fue una pena que no resistiera este estilo de vida —añadió con un suspiro—. Deicidió tomar el tren.

—El tren —se dijo pensativa.

La señora Damar, no podía resistir un segundo más. Quería hacerle aquella pregunta que había estado guardando -por decisión de los tres hermanos- desde aquel día en la que la vio entrar al edificio.

—Tus hermanos habían decidido quedarse.

—Supongo que esperaban que me quedase con ellos.

—Sé que no debieron ocultarte la verdad, pero...

—No, eso ya no importa. Créame, he comprendido muy bien la situación.

—Eres una joven muy madura, hija.

El silencio invadió el lugar. Ana meditaba mientras observaba a su alrededor. El pacífico río le recordaba a su familia. Sus hermanos adoraban convivir y merendar al aire libre y, aunque su madre no fuera igual que ellos les acompañaba de vez en cuando dando el ejemplo de que la familia debe estar siempre unida. El divorcio de sus padres fue difícil para su familia, nunca supo el porqué, y quizá eso ya no importaba. A fin de cuentas, le habían regalado una linda y feliz infancia. Con lágrimas en los ojos recordó todo lo que había sido parte de su corta vida. Agradeció más que nada cada momento al lado de su familia, sabía que todo, absolutamente todo, había valido la pena.

—¿Qué harás ahora, cariño? —preguntó Damar con una mirada seria y

compasiva.

—¿Qué haré ahora? —preguntó pensativa—. Supongo que, vivir.

Concluyó con una expresión decidida mientras a lo lejos se escuchó el eco de unas campanas distantes y el cielo se escurecía levemente. Se levantó al igual que la señora Damar y todo ciudadano del pueblo. Hizo reverencia y sintió melancolía al saber que una nueva alma entraba desdichada a la extraña ciudad fantasma de Bucket.